

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Con esto de la celebración de los veinticinco años de la matanza de Tlatelolco, en 1968, qué de gentes recuerda uno, qué de tristezas, qué de cosas se han escrito y se han recordado. Luis González de Alba, en su sección "La Ciencia de la Calle" que publica semanalmente en *La Jornada*, escribió una idea que me gustó mucho. Dice que es sorprendente que tantos chavos tan distintos marcharan por las calles, unidos, con el puño en alto y la efigie del Che Guevara, cuando muchos de ellos -la mayoría- no es que tuvieran una gran conciencia política ni supieran bien a bien de qué se trataba el "movimiento". Tal vez eso no era lo más importante. Lo más importante, lo que en el fondo los movía, es que estaban hartos "ante la meriendas con las tías que era México, los churros con chocolate a las siete para dormirse a las nueve". Y cita las palabras del propio Díaz Ordaz, en septiembre de 68: "Habíamos estado provincialmente orgullosos y candorosamente satisfechos de que, en un mundo de disturbios juveniles, México fuera un islote intocado".

Los jóvenes "marchábamos contra un islote intocado porque nos deseábamos abiertos al mundo y no contemplándolo vigilados por las tías". Teníamos "un malestar en las vísceras", unas enormes ganas de dejar de ser "provincianos".

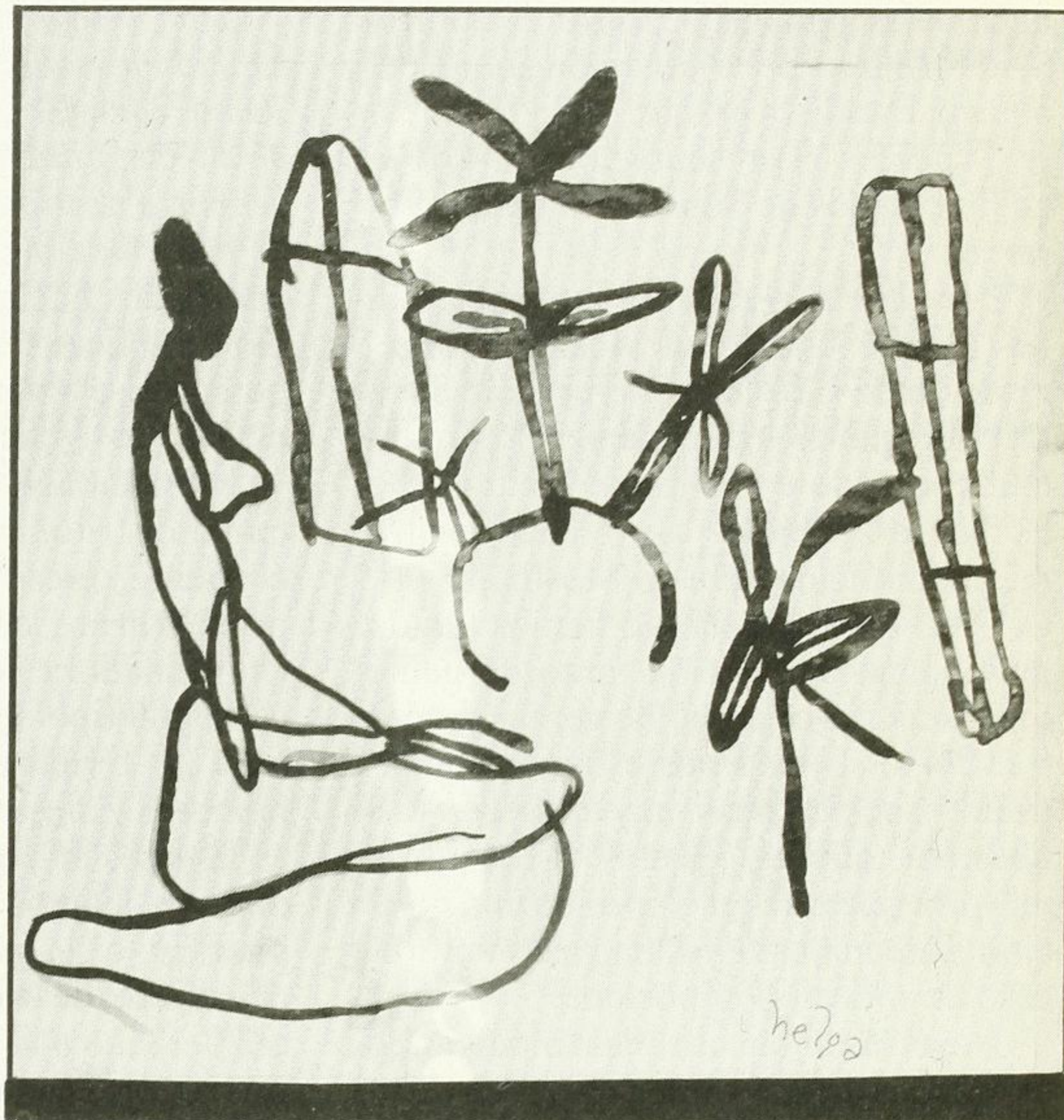
Estoy muy de acuerdo. Yo, y muchísima gente como yo, no éramos militantes activísimos en el 68. Creo que muchos de nosotros ni entendíamos bien a bien qué estaba pasando, aunque estuviéramos de parte del movimiento, por principio, y en contra del presidente y de los granaderos y de la represión. Yo, en lo personal, me la pasé todo el tiempo muerta del susto. Me daban miedo los gritos en las asambleas de la Facultad de Ciencias, me daba miedo ese aire como de guerra que se respiraba. Fuí sólo a una marcha, aquella que encabezó Barros Sierra, pero sabía que más allá estaban agazapados los tanques y estaba aterrorizada. Además, mis papás no me dejaban casi salir de la casa.

Pero aunque no entendiéramos mucho de política, nuestro espíritu se sumó alegremente a algo que presentíamos liberador. Y en efecto, algo sucedió.

Cambiamos de ropa, de música, de actitud. Se rompió nuestra vida provinciana, dolorosamente, y nos abrimos y crecimos.

Pienso en cómo vivíamos durante los años de mi secundaria y de mi preparatoria, antes de 1968. Y cómo vivimos después. Apunto algunas cosas.

En la prepa cuatro, las mujeres no podíamos fumar. Los muchachos sí. Dentro de los salones, la cuestión quedaba a criterio del profesor. Algunos no dejaban fumar a nadie, otros a todo mundo. Pero en los pasillos de la escuela, los prefectos



no nos permitían fumar a las mujeres. Lo hacíamos, a escondidas, en los baños. Y no era mota: eran inocentes Raleigh con filtro, a 2.40 la cajetilla, y a veinte centavos, sueltos. Todavía no se hablaba del cáncer ni de la contaminación.

Cuando íbamos de vacaciones a San Luis Potosí, a casa de mis tíos, no nos podíamos poner pantalones. Sólo si íbamos al rancho. Pero en la ciudad, en la calle, jamás. Ahí tampoco -¡horror!- podíamos fumar, ni en las cafeterías, ni en la calle.

Mi padre me daba permiso de fumar, a mis dieciocho, porque para entonces yo ya trabajaba. Pero sólo en lugares cerrados; si yo conservaba el cigarro prendido al salir, me lo tiraba de un manazo. ¿Fumar en la calle? ¿Eres puta, o qué? (La imagen típica, por supuesto, era la de una mujer entallada, muy pintada, fumando debajo de un farol).

En el banco donde yo trabajaba, precisamente en 1968, tampoco se nos permitía fumar a las mujeres. Sólo en el baño. Y no se nos permitía ponernos pantalones, por muy elegantes que fueran. Teníamos que ir a trabajar de faldita, de medias y tacones. Tampoco nos dejaban ir con botas. Sólo hasta 1971, más o menos, que se puso de moda la "maxi", nos pusimos botas para el trabajo. En las primera escuelas particulares donde trabajé (1970, 71, 72), tampoco se podía ir de pantalones.



En los tiempos de la prepa yo tuve dos novios. Nunca pude salir con ellos más que con mis hermanitos de chaperones. Claro que con el segundo alguna vez nos vimos a escondidas, solos. Mis papás nunca lo supieron. Y sin embargo, ya en 1972, me dejaron irme sola, con dos amigas, durante dos meses a Europa. Cuando regresé querían otra vez tenerme cortita, pero ya no pudieron.

Hasta 1968 nadie de las mujeres de mi familia manejaba un coche. Sólo mi tía Peque -quien usaba también casi siempre pantalones- pero porque vivía en un pueblo, y lo hacía muy rara vez, y tenía, por supuesto, fama de manejar muy mal. (La imagen típica era ¡Cuidado!: ¡Una mujer al volante!).

Tampoco nadie de las mujeres de mi familia había estudiado más allá de sexto de primaria, y cuando mucho, uno o dos años en alguna academia comercial. Todas mis tías habían trabajado, de secretarias o de empleadas. Pero ninguna hizo secundaria.

Tuve dos o tres tías que nunca se casaron. Y se les decía "solteronas" o "cotorritas". Y ser solterona era un estigma; se les pobreteaba.

Las tías que sí se casaron, y mi madre, y todas las madres de mis amigas, se casaron vírgenes. De mi generación, yo creo que casi la mitad de nosotras también. Algunas de mis tías no sabían qué pasaba en la luna de miel hasta que les pasó. Algunas de ellas no sabían cómo o por dónde nacían los niños hasta que les nacieron por donde les nacieron. Una de ellas se quería divorciar en la luna de miel por las cosas tan horribles que ese hombre le quería hacer. Otra fue advertida un día antes de su boda, por el padre que la confesó, de la vida sexual que le esperaba, y ella, llorando, le decía al padre que mejor ya no se quería casar. Por eso tenían, en sus fotos de novias, esa cara como de sacrificio. Y muchas de ellas pensaron durante toda su vida que "eso" era su obligación. "No es que le guste a uno, mijita. Eso ya es ser puta". (La imagen que tenían esas mujeres del amor era mirarse a los ojos y darse un beso a la luz de la luna, con fondo de música de Glenn Miller, para toda la eternidad).


En la casa de mi madre y de todas mis tías y de todas sus amigas, jamás de los jamases el señor lavó un traste ni cambió un pañal. Todos ellos fueron muy señores de su casa. muy bien atendidos. Y lo que sea de cada quien, casi todos mantuvieron a sus familias, a veces pobre, pero orgullosamente. Jamás dejaron trabajar a sus esposas.

Como a muchas chavas de mi generación, me tocó inaugurar usos y costumbres que antes no existían. En mi familia, fui la primera mujer que pudo asistir a la universidad. La

primera que siguió trabajando después de casada. La primera cuyo marido "le ayudaba" en el quehacer doméstico. La primera con partos "psicoprofilácticos". La primera que se negaba a ir al salón a que la peinaran. La primera fachosa con sus huaraches y sus huipiles. La primera que leía el periódico, y no sólo la sección de sociales. La primera que decía tantas groserías. La primera feminista declarada.

La primera generación que se divorció masivamente, y la primera que fue masivamente a psicoanálisis. La primera que tomó la píldora y que después se hizo voluntariamente la salpingoclasia o la vasectomía. La primera generación que había aspirado a hacer el amor y no la guerra.

Hoy, veo a mis hijos, peludos, fachosos, guapísimos, sentados alrededor de la mesa del comedor. Veo a mi hija de dieciocho años, con su camisa de colores de manta guatemalteca, y sus collares de cuentas y sus pelos chinos y despeinados que le llegan hasta los hombros, y me encanta. Cuando no oyen a Peter Gabriel o a Sting, compartimos a veces la misma música. Oímos a los Beatles o a Mozart o a Silvio. Me platican de sus miedos, de sus sueños, de sus deseos. No saben si ser científicos o artistas, pero no quieren ser administradores. Dicen groserías. Ninguno fuma, porque son mucho más conscientes de su salud y son ecológicos. Tienen en sus recámaras posters de lucha contra el SIDA y de propaganda para uso del condón. Tienen peceras y tienen guitarras eléctricas y teclados. Tienen ganas de vivir y de mejorar el mundo en el que viven.

Tal vez la utopía no está muerta del todo. Yo, como hace veinticinco años, aún canto "gracias a la vida, que me ha dado tanto", aunque también, a veces, sigo gritando "¡Este puño si se ve!...". 



FONDA SAN ANGEL

RESTAURANTE · BAR

MAS ALLA DE LA BUENA COCINA...
EN EL CORAZON DE SAN ANGEL

DESAYUNO · COMIDA · CENA
PLAZA SAN JACINTO 3. SAN ANGEL. MEXICO TEL 548 75 68